

# El neoliberalismo y sus modos de regulación social. Crisis, empresa y competencia

José G. Giavedoni<sup>1</sup>

## Resumen

Entender el neoliberalismo como un modo de regulación social supone hacer a un lado las más comunes apreciaciones que lo conciben como una política económica o una doctrina filosófica. La noción de regulación social implica considerar el componente de gobierno que el neoliberalismo tiene, es decir, ser un modo de conducción de conductas y producción de subjetividades, lo que analizaremos en primer lugar. En segundo lugar abordaremos los tres modos de regulación social que consideramos propios del neoliberalismo en tanto modo de gobierno: crisis, empresa y competencia. Si bien dichos términos remiten al vocabulario económico, nuestra propuesta de lectura radica en reconocer sus dimensiones políticas: aquellas dimensiones constitutivas del orden social y que ofrecen el mecanismo a partir del cual se produce realidad, se producen sujetos y se los gobierna. Este abordaje se realiza desde una perspectiva genealógica que indica, en principio, una particular manera de comprender las fuentes con las que se trabaja y, enseguida, una específica manera de comprender la configuración del problema presente que nos preocupa.

En este recorrido se pretende dar cuenta de las actuales coordenadas del neoliberalismo o, como lo enunciamos, los tres elementos que hacen del mismo un modo de gobierno. Para ello volvimos a las fuentes, a sus padres fundadores, no con ánimo de rastrear el valor epistemológico del pensamiento neoliberal, sino de reconstruir las condiciones de posibilidad que lo hacen hoy estratégicamente potente. No se trata de evidencias, sino de dispositivos de gobierno.

---

<sup>1</sup>Universidad Nacional de Rosario (UNR), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), Programa de Estudios Gubernamentalidad y Estado (Pegues).

## Abstract

Understanding neoliberalism as a way of social regulation means setting aside the most common opinions that conceive it as an economic policy or a philosophical doctrine. The notion of social regulation implies considering the government component that neoliberalism has, that is, to be a mode of behavior conduction and production of subjectivities, which we will analyze in the first place. Second, we will approach the three modes of social regulation that we consider proper to neoliberalism as a way of government: crisis, enterprise and competition. While these terms refer to the economic vocabulary, our proposed reading is to recognize its political dimensions, ie, those dimensions that are constitutive of the social order and provide the mechanism from which produces reality, produces subjects and it governs them. This approach is made from a perspective geneológica indicating, first, a particular way to understand the sources with which it works and, secondly, a specific way to understand this problem configuration we are concerned.

In this paper, we intend to give an account of the current coordinates of neoliberalism or, as we have already stated, the three elements that make it a mode of government. So we returned to the sources, to their founding fathers, not with the intention of tracing the epistemological value of neoliberal thought, but of reconstructing the conditions of possibility that make it strategically powerful today. It is not about evidence, but about government devices.

**Palabras clave/ Keywords:** neoliberalismo, gubernamentalidad, competencia, crisis, empresa/Neoliberalism, governmentality, competition, crisis, Enterprise.

## Introducción

Hace unos años, leyendo *De la mano de Alicia*, de Boaventura de Sousa Santos, quedé impactado por una de las ideas que planteaba. Estamos asistiendo a una crisis de regulación social producto de la 'desmonumentalización' del Estado, tal como lo denomina el autor, sin que ninguna forma política alternativa ocupe el vacío dejado por aquél (1998: 175). Santos entiende que en el periodo que denomina de 'capitalismo organizado' propio del siglo XX, el Estado era el elemento que regulaba y ordenaba, garante de las condiciones de producción y reproducción social. Pero las condiciones han cambiado: el soporte institucional estatal propio de aquella etapa ha entrado en crisis por la desregulación del mundo económico, la transnacionalización de las finanzas, la transculturalidad, etcétera. Frente a esta desregulación social de la mano del Estado, invade la sospecha sobre qué era eso que ponía en jaque a ese modo soberano de regulación social y, por lo tanto, si lo que se estaba gestando no era, acaso, un nuevo modo de regulación. Efectivamente, Santos sospecha que está emergiendo un nuevo

soporte institucional de regulación social que es transnacional en sí mismo, pues no pretende situarse en relación de exterioridad con las relaciones de producción. Así, el espejismo esencial del neoliberalismo es que aquello que aparece como desregulación no es otra cosa que un nuevo modo de regulación social (Santos, B., 1998: 176).

Entender el neoliberalismo como un modo de regulación social implica hacer a un lado las más comunes apreciaciones que lo conciben como una política económica o una doctrina filosófica. No porque no lo sea, sino porque la noción de regulación social obliga a considerar el componente de gobierno que el neoliberalismo tiene, es decir, ser un modo de conducción de conductas y producción de subjetividades. Entender el neoliberalismo en clave de modo de gobierno lo desarrollaremos en el primer apartado. En segundo lugar analizaremos los tres modos de regulación social que consideramos propios del neoliberalismo en tanto modo de gobierno: crisis, empresa y competencia. Si bien dichos términos remiten al vocabulario económico, nuestra propuesta de lectura se encuentra en reconocer sus dimensiones políticas: aquellas dimensiones constitutivas del orden social y que ofrecen el mecanismo a partir del cual se produce realidad, se producen sujetos y se los gobierna.

### **Advertencias de método**

Nuestro punto de partida es una configuración problemática contemporánea: partimos de preocupaciones del presente. La problematización sobre la libertad, la sociedad libre, el sujeto libre, el sujeto-consumidor, el sujeto-empresario nos preocupa porque dichos temas nos interpelan, día a día, a través de programas de los organismos multilaterales de crédito, de los medios de comunicación, de políticas estatales, incluso a través de nuestro propio comportamiento. De esta manera se observa que la pretensión de la genealogía no es la comprensión del pasado, sino la comprensión de nuestro propio presente. El pasado es el modo para encontrar algunas claves que nos permitan comprender nuestro presente, rasgos y trazos. Reconocemos que es posible encontrar en el pasado un cúmulo de problemas que fueron objeto de encendidos y acalorados debates, tal es el caso de la discusión sobre si la Tierra giraba alrededor del Sol o era centro; sin embargo, ese debate carece por completo de interés para nuestro presente, ha dejado de ser un problema. Por el contrario, el reconocimiento de nuestros problemas actuales es lo que nos conduce a la historia, aun cuando en el pasado nuestros problemas, tal vez, carecían de importancia y pasaban desapercibidos como tales. Por ello, nuestra pretensión genealógica no es encontrar en el pasado el mismo calibre e importancia de nuestros problemas presentes, sino reconocer en el pasado los rasgos, las señas, los trazos que, a través de modulaciones y transformaciones, irregularidades y reacomodamientos, fueron dando forma a lo

que nosotros hoy reconocemos como asuntos acuciantes.

Este pasado que se obstina en dejar marcas en nuestro presente no implica señalar una continuidad: la genealogía busca las discontinuidades y las rupturas, no las marcas de lo continuo y de la eterna repetición. Si hay discontinuidades y rupturas, no hay evolución —no debemos celebrar el progreso de la historia como un proceso en el que al fin pudimos acceder a una etapa superadora—, tampoco hay repetición —lo de ayer es lo mismo que lo de hoy, nada nuevo hay bajo el Sol, asistimos a lo mismo un poco *aggiornado*—. El despliegue de la historia se da a modo de múltiples pliegues, por eso debemos lograr captar cómo ese problema que logramos identificar en el pasado en un momento histórico determinado llega a nosotros, no a través de un claro desarrollo continuo, con avances y retrocesos tal vez, pero continuo al fin. Por el contrario, debemos reconocer las alteraciones, las recomposiciones, nuevas direcciones, bifurcaciones.

Como señalara Michel Foucault

lo que se intentará sacar a luz es el campo epistemológico, la episteme en la que los conocimientos, considerados fuera de cualquier criterio que se refiera a su valor racional o a sus formas objetivas, hunden su positividad y manifiestan así una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad (1998: 7).

Decimos: no son tanto los rasgos propios y genuinos del neoliberalismo los que han dado y continúan demarcando su identidad —acaso si es posible hablar de rasgos genuinos—, sino las mutaciones, los desplazamientos que van ofreciendo en cada momento una fisonomía específica que no es posible desentrañar refiriéndose a un modelo. La historia no supone ser la memoria de lo que pasó, sino la reconstrucción de sus efectos múltiples en nuestros cuerpos, en nuestros modos de relacionamiento, en nuestros modos de sentir y pensar. El neoliberalismo suele aparecer con rasgos unificados, cierta homogeneidad, percibiendo de modo unitario no solo las diversas corrientes que existen en su interior y, vale decir, en sus márgenes, sino también las resistencias al mismo que producen asimilaciones, desplazamientos, reacomodamientos, rupturas, heridas y suturas.

### **La razón de gobierno neoliberal**

Suele entenderse al neoliberalismo como una filosofía, doctrina, una ideología y un paquete de políticas económicas determinadas. Las políticas de ajuste, de liberalización comercial y flexibilización laboral son las marcas que arrastra el neoliberalismo. También se caracterizaría como la doctrina que entiende al mercado como realidad natural versus el Estado como construcción artificial. Alain Minc —economista, asesor político y empresario francés— decía en 1994: “El

capitalismo no puede hundirse, es el estado natural de la sociedad. La democracia no es el estado natural de la sociedad. El mercado sí” (Laval, C. y P. Dardot, 2013: 12). La naturalidad del fenómeno lo arranca de la historia y lo convierte en algo transhistórico, ubicado más allá de la historia, localizable en todo tiempo y lugar, por lo tanto, no hay política, ni historia, ni conflictos, solo pura naturaleza. Esencializarlo es sacarlo de la historia; así deja de ser mudable, cambiante, transitorio y se convierte en un rasgo permanente. También se suele identificar al neoliberalismo con la doctrina de la limitación del gobierno. La relación suma cero con el Estado: una matriz mercado-céntrica versus una matriz estado-céntrica que pujan entre sí por prevalecer. Finalmente, otro de los rasgos con los que también se identifica al neoliberalismo es el *laissez-faire*: el dejar hacer, la completa ausencia de intervención estatal como condición para el desenvolvimiento de nuestras libertades. Como se observa, se trata de tres elementos propios de una doctrina: la realidad natural del mercado —más allá de los hombres, más allá de la historia—; Estado versus mercado en clave de relación suma cero; y la no intervención estatal y la generación espontánea del mercado.

Pero es mucho más que eso. Esta afirmación es la que nos anima a sostener que, aun cuando determinada política económica neoliberal se encuentre en retroceso, aun cuando determinados principios se encuentren en franco descrédito, el neoliberalismo sigue estando a nuestro alrededor, sigue oficiando como regulador y ordenador de lo social. ¿Por qué? porque es mucho más que una ideología y una política económica: es una normatividad práctica (Laval, C. y P. Dardot, 2013): un sistema normativo que ha logrado hacerse carne en nuestros cuerpos, principios, valores y comportamientos, modos de pensar y actuar naturalizados que orientan la práctica de los gobiernos, de las organizaciones y de nosotros mismos.

Se trata también de una racionalidad específica de gobierno de carácter histórico —emerge en un momento determinado y, por lo tanto, es superable, modificable, modulable, etcétera— y fragmentado —no hay una esencia única a la que se deben ajustar todas las experiencias y que marcan su afinidad o alejamiento con una especie de modelo genuino: se trata de procesos de neoliberalización que se llevan a cabo en determinadas latitudes y bajo las condiciones que estas mismas proponen—. Se trata de una racionalidad de gobierno, lo que significa que, al mismo tiempo que conduce y hace inteligible las prácticas de gobierno del Estado y el gobierno sobre los otros, también hace inteligible las prácticas de gobierno de uno mismo, el gobierno de sí. Entonces, no se trata solo de una doctrina, sino de un modo de existencia que organiza nuestros modos del ser, modos del decir y modos del pensar o, en otras palabras, produce sujetos, subjetividades específicas.

Al mismo tiempo, gobernar supone producir: se gobierna algo que debe ser previamente constituido en problema gobernable —pensado, caracterizado, tipologizado, etcétera—. El gobierno de este *algo* que se transforma en

problema que produce y, al mismo tiempo, se nutre de determinados modos de comportamiento: produce subjetividades. Pero también produce su forma social —la nación, la globalización, la sociedad, la comunidad, el barrio, la libertad, etcétera—. De esta manera, la razón de gobierno neoliberal produce comportamientos sobre la base de determinados principios rectores, tales como la autonomía y la libertad —fomenta la individualización extrema—, lo que no implica la ruptura de todo lazo social, sino que genera uno nuevo, no ya sobre la base de la solidaridad social y colectiva propia de los modelos welfaristas, sino sobre la proximidad, la comunidad. El *prójimo* se convierte en el *próximo*, pero se trata de lazos mezquinos y negativos, ya que se despliegan en contra de algo, pero con mucha dificultad para definirse por la vía positiva.

Pensemos en el siguiente ejemplo que nos propone Margaret Thatcher: “No hay alternativa, la sociedad no existe, solo existen los individuos. Solo son pobres los que quieren serlo”. Toda una definición de principios que expresa esta nueva razón de gobierno: la sociedad no existe, lo que existe son los individuos. Asistimos a un nuevo régimen de ‘veridicción’ que pone toda experiencia colectiva, toda protección colectiva, toda práctica colectiva bajo un manto de duda. Al no existir lo social, no existe un cuerpo colectivo que deba resguardarse y cuidarse, solo existen individuos. El principio de desciframiento pasa a ser el individuo; principio de veridicción: lo que marca y permite reconocer lo verdadero de lo falso (Foucault, M., 2007).

Esta afirmación de Thatcher no es mera retórica, tiene implicaciones y rasgos de materialidad. De aquí en más, todo sistema de protección que no sea individual es falso, equivocado, condenado al fracaso y, además, totalitario por subyugar la entidad individual y la libertad. Al poner en juego dos racionalidades políticas diferentes, una que podríamos denominar welfarista<sup>2</sup> y otra neoliberal, se contraponen tecnologías de intervención<sup>3</sup> diferentes, donde en una la sociedad es el objeto a proteger y en la otra el individuo: en aquella a través de sistemas de seguridad social, protección colectiva al trabajo, sistemas de educación pública, de salud pública, de vivienda pública; en la segunda el sistema es individual, de capitalización individual, a través de créditos, de seguros individuales. Como corolario, así lo expresa la propia Thatcher, nuestra pobreza es pura y exclusiva responsabilidad de nosotros mismos.

<sup>2</sup>Por razón política welfarista entendemos los modos a partir de los cuales el gobierno se articula, los principios a partir de los cuales adquiere sentido y se legitima la práctica de gobierno, tales como la producción de bienes sociales, la emergencia de la propiedad social, las protecciones colectivas y los principios universalistas (Rose, N., 2007; Valverde, M. y R. Levi, 2006). Para una lectura pormenorizada de la emergencia y el ocaso de las experiencias welfaristas, ver Roberto Castel (1997, 2004), Jürgen Habermas (1998), Carl Offe (1990) y John O’Connor (1994).

<sup>3</sup>Por tecnologías entendemos “un ensamblaje complejo de diferentes fuerzas interrelacionadas entre sí, legales, arquitectónicas, profesionales, administrativas, financieras y judiciales, que normalizan, ordenan, configuran ese campo de acción de los otros, más o menos probable, buscan instalar hábitos, pautas, modalidades del hacer y del decir” (Giavedoni, J., 2012: 113). De esta manera, los sistemas de seguro social son una tecnología que producen sociedad en tanto expresan la existencia de riesgos sociales que deben ser abordados a través de bienes sociales y contribuciones solidarias.

El avance del neoliberalismo implica poner en duda el carácter social de los fenómenos al individualizarlos: los éxitos y fracasos se personalizan, los riesgos y los accidentes, también. Pero esto no solo lo acompaña una retórica individualizante: viene también sostenida por un conjunto de técnicas que permiten desarmar lo social. Tomemos por caso los avances genéticos y el programa de genoma humano donde lo social va perdiendo fuerza frente a los rasgos individuales, lo que repercute en la desocialización del riesgo y en su paulatina personalización. Como señala Pierre Rosanvallon:

Estos desarrollos de la genética tendrán finalmente enormes consecuencias sociales y políticas. La razón es simple: conducen a poner en tela de juicio el enfoque estadístico de lo social en beneficio de la elaboración de modelos que tienen más en cuenta determinismos y comportamientos personales. Al mismo tiempo, queda invalidada la lógica aseguradora sobre la que se funda el Estado providencia. En efecto, el seguro consiste en borrar los datos individuales para fundirlos en las características generales, de orden estadístico, de una población. Por esencia, el seguro tiene así una función de socialización, de agregación, de solidarización. Los riesgos que cubre el asegurador conciernen a poblaciones. El seguro solo puede existir si tales poblaciones están constituidas, a fin de que los riesgos corridos por los individuos que las componen puedan mutualizarse. [...] La noción misma de riesgo asegurable, en efecto, desaparece si hay personalización de los riesgos: no hay seguro posible cuando las determinaciones son individuales, puesto que, hablando con propiedad, ya no hay azar (2004: 35).

No hay riesgo porque no hay azar, están inscritas en la genética de cada individuo las determinaciones a específicos problemas de salud, etcétera. En otras palabras, los avances genéticos se constituyen como una tecnología de poder para producir seguros individuales frente a los problemas que son estrictamente de carácter individual, por lo que sería injusto socializarlos. Así, la muerte de lo social (Rose, N., 2007) no se da como mera retórica, sino que viene acompañada de tecnologías individualizadoras que reconfiguran el territorio de aplicación del gobierno.

Esta racionalidad de gobierno neoliberal se despliega sobre la base de tres vectores. En primer lugar, la crisis como condición de posibilidad y, al mismo tiempo, modo de reactualización permanente. En segundo lugar, la empresa como modo de subjetivación. Finalmente, la competencia como modo de comportamiento.

## Crisis

En 1959, uno de los referentes de la Escuela Austriaca de Economía, Ludwig Von Mises, dictó una serie de conferencias en Buenos Aires, Argentina, en la Facultad de Ciencias Económicas. Invitado por el Centro de Economía Libre dirigido por Alberto Benegas Lynch, tanque de pensamiento encargado de la difusión del ideario neoliberal en la región, Ludwig von Mises desarrolló seis conferencias en torno a diversos temas.

En una de ellas, von Mises explica el origen del capitalismo echando mano, una vez más, del mito del que se vale la economía política clásica: la existencia de hombres laboriosos que se dedicaron a trabajar y ahorrar. Ludwig von Mises dice que entre los siglos XVI y XVII Europa atravesó una situación económica y social extremadamente crítica:

De esta preocupante situación social emergieron los comienzos del capitalismo moderno. Hubo algunas personas entre estos marginados, entre esta gente pobre, que trató de organizar a otros para instalar pequeños talleres que pudieran producir algo. Esto fue una innovación. Estos innovadores no producían cosas caras apropiadas solamente para las clases altas; producían cosas más baratas para cubrir las necesidades de todos. Y esto fue el origen del capitalismo tal como opera hoy. Fue el comienzo de la producción masiva, el principio fundamental de la industria capitalista. En tanto las antiguas industrias procesadoras que servían a la gente rica en las ciudades habían existido casi exclusivamente para cubrir la demanda de las clases altas, las nuevas industrias capitalistas comenzaron a producir cosas que pudieran ser compradas por la población en general. Era producción masiva para satisfacer las necesidades de las masas (Mises, L., 2002: 9).

En el origen del capitalismo no hay poder, política ni conflicto: hay innovación. La figura del innovador —emprendedor—, tal cual es desarrollada por Mises, se encuentra anclada en la profundidad de los hombres; en otras palabras, tiene la capacidad de deshistorizar. Nos encontramos con personas que se capitalizan por su pujanza, su innovación, su imaginación y perseverancia. Esta figura del innovador no tiene inscripción histórica —no hay clases sociales; no hay campesinos expulsados de sus tierras; no hay producción deliberada de fuerza de trabajo libre; no hay fracción del capital comercial, del capital industrial; no hay subsunción formal de los anteriores modos productivos al capital—, puede aparecer en cualquier momento: es el mito fundante del capital al que se apela de manera permanente. La ahistoricidad es un rasgo central de la propuesta de Ludwig von Mises:



Todas las categorías praxeológicas son eternas e inmutables, puesto que se hallan exclusivamente determinadas por la constitución lógica de la mente humana y por las condiciones naturales de la existencia del hombre (1986: 306).

Así, todo acto fundante requiere revalidarse de manera permanente.

Si bien —por otra parte— la figura del innovador que Ludwig von Mises desarrolla en este apartado será pertinente para nuestro siguiente punto sobre empresa, aquí nos interesa señalar otro de los temas que puede pasar desapercibido. Llama la atención la primera parte del párrafo antes citado. Ludwig von Mises explica el origen del capitalismo a partir de una gran situación crítica inmediatamente anterior, entre el siglo XVI y XVII. La situación crítica siempre aparece como escenario fundante a partir del cual se despliegan las fuerzas creativas y el despegue civilizatorio.

Wilhelm Röpke, representante de la Escuela de Friburgo, plantea la idea de que nos encontramos atravesando una crisis cuyos orígenes pueden rastrearse en el Renacimiento. En 1942 publica el libro *La crisis social de nuestro tiempo* donde señala:

as nothing happens without sufficient cause it must surely be possible to find an interpretation and explanation for this catastrophe, offering sounder reason than just coincidence, stupidity and malevolence (1950:1).<sup>4</sup>

Asistimos, según Wilhelm Röpke, a un paulatino deterioro de la civilización occidental debido al crecimiento del relativismo y el escepticismo, la disolución espiritual y moral de la sociedad occidental. Frente a esta crisis, los remedios que se han planteado en el siglo XX han sido equivocados según el autor: por un lado, la economía planificada; y por el otro, el socialismo que, lejos de ser una utopía, es una tragedia. Wilhelm Röpke señala:

Just as the crisis of democracy leads to totalitarianism, the rebellion against the western economic system has resulted in the anticapitalism movement and its many more or less radical variants, among them socialism and collectivism. But as the former, far from overcoming the crisis of democracy, only serves to bring the sickness of the body politic to a head, socialism too, as the expression of anticapitalism mass rebellion is nothing but a reaction imperiling everything (1950: 19).<sup>5</sup>

<sup>4</sup>Como nada sucede sin causa suficiente, seguramente será posible encontrar una interpretación y explicación de esta catástrofe, ofreciendo una razón más sólida que la mera coincidencia de la estupidez y la maldad."

<sup>5</sup>Así como la crisis de la democracia conduce al totalitarismo, la rebelión contra el sistema económico occidental ha dado

Tanto Ludwig von Mises como Wilhelm Röpke se encuentran en franca disputa con el socialismo y la economía planificada que ya había dado perfectas muestras de su presencia con el *New Deal* de Franklyn Delano Roosevelt en Estados Unidos. En el caso de Röpke, las responsabilidades por la crisis tienen una clara identificación. Su campo de disputa es este, el keynesianismo, la planificación económica y, desde luego, la organización económica socialista. Sobre este campo de adversidad, la crisis se presenta como modo de presentación de lo que acontece y, al mismo tiempo, como la condición de posibilidad de las transformaciones que estos pensadores creen necesarias.

Si Ludwig von Mises y Wilhelm Röpke identifican la crisis como elemento central en el esquema argumental que proponen, quien ofrece un salto cualitativo en torno a pensar la crisis como modo de gobierno es Milton Friedman. En su libro de divulgación *Capitalismo y Libertad*, publicado por primera vez en 1962, en el prólogo para su reedición 20 años después expresa:

Only a crisis actual or perceived produces real change. When that crisis occurs, the actions that are taken depend on the ideas that are lying around. That, I believe, is our basic function: to develop alternatives to existing policies, to keep them alive and available until the politically impossible becomes politically inevitable (1982: 7).

Friedman admite la necesidad de crisis, sea esta real o percibida —poco importa esa insignificante diferencia—: lo que realmente importa es advertir que la aparición de eso llamado “crisis” tiene la potencialidad de producir un cambio real. En Friedman vemos la versión acabada de la crisis como modo de regulación social; es a través de ella que se pueden generar transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales profundas y, por lo tanto, debe ser real o, en su defecto, se deben generar todas las condiciones para que sea vivida como tal. Es en este sentido que la crisis deja de ser solo un acontecimiento que debe ser enfrentado, corregido y sobrepasado, y pasa a ser un dispositivo: un mecanismo a través del cual se configuran realidades, se producen subjetividades y se gobierna a las poblaciones.

A partir de aquí Friedman reconoce el descollante papel que las usinas de pensamiento neoliberal han desarrollado desde mediados de siglo<sup>6</sup> para ir

---

como resultado el movimiento anticapitalista y sus muchas variantes más o menos radicalizadas, entre ellas el socialismo y el colectivismo. Así como el totalitarismo, lejos de superar la crisis de la democracia, solo sirve para llevar la enfermedad del cuerpo político a la cabeza, el socialismo también, como expresión de la rebelión anticapitalista de masas, no es más que una reacción que pone en peligro todo.”

<sup>6</sup>Coincidimos con Christian Dardot y Pierre Laval en caracterizar al Coloquio Walter Lippman en 1938 y, posteriormente, la Sociedad Mont Pelerin en 1947 como una suerte de Internacional del Capital. También deberíamos incorporar la Trilateral Commission y el Foro de Davos más recientemente. Lo cierto es que el encuentro que supuso la Sociedad Mont Pelerin evidenció una preocupación mayúscula en un grupo de intelectuales, políticos, funcionarios y empresarios respecto al retroceso de los principios liberales y, frente a ello, la necesidad imperiosa de intervenir y dar pelea en diferentes espacios.

instalando ese espeso aire de la libertad, la sociedad libre, la responsabilidad individual, las privatizaciones, el mérito como regla de mensura del desempeño social, etcétera. Cuando ocurre esa crisis, las acciones que se toman dependen de las ideas que se encuentran alrededor, en el aire, dice Friedman. De esta manera, la función básica de un intelectual es desarrollar alternativas a las políticas existentes, mantenerlas vivas y estar disponibles hasta que lo políticamente imposible se vuelva políticamente inevitable.

Si se permite la comparación, Friedman se asemeja a un sofista en tanto reconoce la dimensión agonal, conflictiva y estratégica del conocimiento<sup>7</sup>. Lograr que lo políticamente imposible se vuelva políticamente inevitable no es resultado de la jerarquía epistemológica del conocimiento sobre el que se pretende legitimar ese cambio, sino de las posiciones de avanzada que se lograron en la batalla de ideas. Parafraseando a Friedman, la batalla de ideas implica una guerra de posición, movimientos tácticos que permitan instalar, mantener y naturalizar las ideas de forma tal que, llegado el momento, las mismas colaboren y fuercen a cambios inevitables. Instalar ideas, transformarlas en sentido común, preparar el terreno para que, aun si no es posible implementarlas en un momento, vayan inscribiéndose en los modos de ser, de pensar, de hablar, de comportarse, de modo que cuando la crisis ofrezca la oportunidad, aquello que se pensaba como políticamente imposible, se naturalice de tal manera que aparezca como inevitable.

La noción de crisis que plantea Friedman viene acompañada del tratamiento de shock económico, como el mismo economista enunciaba. En este vínculo reconocemos un rasgo maquiavélico en su práctica<sup>8</sup>. La crisis y la experiencia del shock producen perplejidad, quietud, miedo, parálisis y pasividad. La crisis produce temor, de esta manera el miedo se presenta como un instrumento de gobierno. Se gobierna a través del miedo, por medio del temor. El miedo se constituye en un medio de gobierno, por ese motivo debe ser producido, real o percibido. La inseguridad como medio de gobierno (Simon, J., 2011); los golpes de Estado; las torturas; las desapariciones y el genocidio (Calveiro, P., 2004; Levi, P., 2006); la desocupación masiva; el cierre de fábricas; la pérdida del trabajo (Giavedoni, J., 2014a); todo ello debe ser entendido como modos de gobernar, no como meras circunstancias, accidentes no deseados o hechos producto de mentes siniestras.

---

Uno de estos espacios es, como bien lo señala con mucha precisión Ludwig von Mises y, posteriormente, Friedrich Hayek, la batalla de ideas. Tres puntas de lanzas se reconocen luego de 1947 donde el neoliberalismo se instaló como cabecera de playa para transformar culturalmente la sociedad: las universidades, los medios de comunicación y las fundaciones (Murillo, S., 2011; Büren, M., 2015).

<sup>7</sup>Michel Foucault dice: en los sofistas "hay una práctica y una teoría del discurso que son esencialmente estratégicas; establecemos discursos y discutimos no para llegar a la verdad sino para vencerla. [...] Para los sofistas, hablar, discutir y procurar conseguir la victoria a cualquier precio, valiéndose hasta de las astucias más groseras, es importante porque para ellos la práctica del discurso no está disociada del ejercicio del poder" (1995: 155).

<sup>8</sup>Maquiavelo en su obra *El príncipe* se pregunta si es preferible para el gobernante ser amado o temido. Ambas cosas son beneficiosas y deseables, sin embargo, como suelen ser incompatibles y se debe prescindir de una de ellas, es preferible ser temido. El temor divide, disciplina y dispone a la obediencia. El temor se presenta como un instrumento de gobierno, por ello hay que producir miedo: se gobierna a través del miedo.

A mediados de la década de los setenta del siglo pasado, el presidente del Chase Manhattan Bank, David Rockefeller, impulsa la creación de la Trilateral Commission, siguiendo una idea de Zbigniew Brezinski, quien pensaba en una organización con el fin de rearticular toda la política mundial al servicio de la hegemonía norteamericana. Una suerte de gobierno mundial integrado por las principales potencias occidentales —Japón, Estados Unidos y Comunidad Europea— con las principales empresas. En 1975, Michel Crozier, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki escriben un documento para la Trilateral Commission titulado sugerentemente “La crisis de la democracia” en el que señalan que frente a la debilitada autoridad sobre los sectores subalternos debido al exceso de democracia que gesta la falta de gobernabilidad, la crisis del capitalismo evidenciada a mediados de los setenta en clave política y económica es transformada en el documento en crisis de gobernabilidad, lo que conduce a que la lucha por la transformación social quede opacada frente al arsenal ideológico que comienza a hablar de la necesidad del buen gobierno. Así, el problema de la gobernabilidad comienza a emerger precisamente en este momento: la década de los setenta (Monedero, J., 2012).

En este marco de discusiones, el fundador de la Trilateral, David Rockefeller, señalaba con absoluta tranquilidad:

estamos al borde de una transformación global. Todo lo que necesitamos es una gran crisis y las naciones aceptarán el Nuevo Orden Mundial [...] de lo que se trata es de sustituir la autodeterminación nacional, que se ha practicado durante siglos en el pasado, por la soberanía de una elite de técnicos y financieros mundiales (Kaos en la red, 2013).

El neoliberalismo no solo produce crisis como resultado de sus políticas llevadas adelante con altísimos costos humanos y ambientales, también produce crisis como modo de gobierno, lo que transforma un modelo en un perverso círculo de destrucción de vidas. El neoliberalismo no pretende resolver las crisis: las produce porque vive de ellas, las consume vorazmente.

Esta crisis que despliega el neoliberalismo como modo de gobierno tiene ciertas diferencias con las crisis estructurales del capitalismo. Si estas últimas expresan un desajuste producido por el mismo proceso de acumulación, la otra es periódica y alumbra un nuevo periodo de recomposición, aunque también abre una herida en la historia que habilita al cambio social y la revolución; las crisis en el neoliberalismo son constantes en tanto se constituyen como condición de posibilidad y reactualización permanente de aquel.

La mención a la crisis aparecerá de manera recurrente en los diferentes planes de estabilización económica del país desde mediados del siglo XX hasta el presente. Entre fines de 1955 y comienzos de 1956, Raúl Prebisch, reconocido

economista de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), participará en la elaboración de un documento polémico sobre la situación de la economía nacional y, en función de ello, plantea la necesidad de tomar medidas draconianas. El documento conocido como el Plan Prebisch (Prebisch, R., 1956) trató de una serie de informes en los que utiliza la idea de ‘compatibilidad’ que se asemeja a la de ‘sinceramiento’<sup>9</sup>, es decir, se monta sobre una catástrofe económica y financiera que vuelve inevitable la aplicación de determinadas medidas, echando mando de eufemismos que evitan hablar llanamente de ‘ajuste’ y ‘austeridad’. Arturo Jauretche es taxativo en su crítica: Raúl Prebisch “inventa una crisis para justificar las medidas que después propondrá” (1973: 32). Entre los serios problemas que señala el funcionario cepalino, la inflación es una de ellas, explicada debido al exceso de emisión monetaria, esto es, desde una perspectiva monetarista. Sobre este problema señalará: “no hay país alguno que haya escapado a la inflación sin sacrificio” (1956: 122). A la enunciación de la crisis viene de inmediato la demanda de sacrificio y esfuerzo.

Raúl Prebisch, años más tarde, reconocerá que el diagnóstico sobre la situación económica realizado en sus informes fue excesivo; que la situación no era ni remotamente complicada como la figurada en dichos documentos; que había exagerado la situación y que ello se debía a su predisposición personal y sus lazos con el sector agropecuario forjados en la década de los veinte cuando trabajó para la Sociedad Rural (Sáenz, M., 2007: 117). El acto de honestidad de Prebisch no hace otra cosa que confirmar la *necesidad de crisis* que tienen el capitalismo y, con mayor precisión, el neoliberalismo. Parafraseando a Friedman, reconoció que la crisis no era *real*, pero sí *percibida*. La construcción de una crisis devastadora, de una bomba a punto de explotar, de una pesada herencia es elemento vital de funcionamiento de la lógica neoliberal. Realmente poco importa si esta crisis es real o ficticia, lo que importa es que sea vivida y experimentada como tal.<sup>10</sup>

El 29 de junio de 1959, el entonces ministro de economía de Arturo Frondizi, Álvaro Alsogaray, pronuncia un discurso por Canal 7 que pasó a ser conocido

<sup>9</sup>En mayo de 2016, el presidente de Argentina Mauricio Macri señaló la necesidad de “dejar atrás 10 años de inflación acumulada, un Estado sin planeamiento, desquiciado y cargado de corrupción” y expresó: “el sinceramiento de la economía duele” (*El Cronista*, 2018). Javier González Fraga, ligado al gobierno, en una entrevista en radio La Red que le hiciera Luis Novaresio, también en mayo de 2016, dijo: “Estamos sincerando la economía para que en lugar de tener una burbuja de crecimiento que alimente proyectos populistas tengamos décadas de crecimiento. Para que la Argentina vuelva a los niveles que nunca debería haber abandonado en el ránking internacional [...] le hiciste creer a un empleado medio que su sueldo servía para comprar [teléfonos] celulares, [pantallas de] plasmas, autos, motos e irse al exterior”. Unos meses antes, en enero de 2016, Lilita Puig de Stubrin, presidenta de la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical (UCR), expresó por la red social Twitter: “Los argentinos tenemos que entender que somos un país pobre. Vivir de acuerdo a nuestros ingresos. Hemos vivido en una farsa estos 12 años”.

<sup>10</sup>Esto no transforma a Raúl Prebisch en un economista neoliberal, ni tampoco se pretende restarle los méritos de sus aportes al pensamiento económico estructuralista. Nuestra intención es mostrar, como expresamos en otro trabajo, que “los rostros que el neoliberalismo mostrará de manera descarnada unas décadas más adelante, los rasgos que lo acompañarán en una particular manera de gobernar a nivel global, comienzan a perfilarse a mediados de siglo XX” (Giavedoni, J., 2018: 14), pero ello no se produce por un trabajo consciente, coordinado y planificado de los actores que intervienen en la arena política del momento, al menos no en varios de ellos como el caso de Prebisch, sino que se trata más bien de una estrategia sin sujeto que va tomando forma en los diferentes horizontes políticos en función de las condiciones que se presentan.

por unas de sus frases más impactantes: “hay que pasar el invierno”. En dicho discurso Alsogaray expresó:

Lamentablemente, nuestro punto de partida es muy bajo. Muchos años de desatino y errores nos han conducido a una situación realmente crítica y estos errores provienen de mucho tiempo atrás. Es muy difícil que este mes puedan pagarse a tiempo los sueldos de la administración pública. [...]. Todavía seguiremos por algún tiempo la pendiente descendente que recorremos desde hace ya más de diez años. Se ha cometido un error en definir a este programa como un programa de austeridad, dejando que cada uno de los habitantes del país viva como pueda y como quiera [...]. Las medidas en curso permiten que podamos hoy lanzar una nueva fórmula: “Hay que pasar el invierno” (*El Historiador*, s/f).

Punto de partida bajo, situación crítica y pendiente descendente conducen a una necesidad de sacrificio y esfuerzo que, en la propuesta del ministro, se resumía en la poética —mas no consoladora— frase: pasar el invierno.

Pero lo que pareció ser una primavera, no tardó en convertirse en un nuevo invierno. En el primer mensaje que da Celestino Rodrigo en LRA Radio Nacional como responsable de la cartera de Economía, el 2 de junio de 1975, dice:

Creo haber sido claro. Yo no me engaño ni puedo engañar a nadie. La situación económica que tomamos como punto de partida de nuestra gestión es grave. Las medidas que vamos a implementar serán, necesariamente, severas, y durante un corto tiempo provocarán desconcierto en algunos y reacciones en otros. Pero el mal tiene remedio.

Se trata de una recurrencia en los planes de estabilización, en los discursos que preceden o explican determinadas medidas económicas o en los anhelos de los propios economistas. Es el caso, más cercano en el tiempo, del alumno ejemplar de Milton Friedman que parece ser Miguel Boggiano, un economista formado en la Escuela de Chicago que el 10 de julio de 2017, por la red social Twitter, disparaba: “Deseo que venga una crisis peor que en 2001 para que Argentina achique el Estado, los impuestos y los sindicatos. Por las buenas, nunca se dará”, palabras que venían acompañadas con la imagen de una tormenta. El término ‘crisis’ provienen del griego κρίσις, por lo que se suele decir que toda crisis implica una oportunidad y que, por lo tanto, “no hay mal que por bien no venga”. Sin embargo, la crisis que piensa el neoliberalismo no es superable ni coyuntural: aparece como una constancia, es un permanente presente al ser su condición de posibilidad y, al mismo tiempo, de su reactualización.

Las crisis estructurales del capitalismo provocaban grandes transformaciones económicas a través de esos ciclos de ascensos y descensos de la acumulación

de capital, donde las contradicciones se tensan y se resuelven dando lugar a una nueva base técnica para la producción, así como reconfiguraciones en el interior del bloque de poder del capital. Las crisis en el neoliberalismo son inducidas y provocadas con el fin de realizar transformaciones profundas para consolidar la posición de los sectores concentrados de la economía.

## **Empresa**

Como señalamos en el apartado anterior, Ludwig von Mises explica el origen del capitalismo a partir de una gran situación crítica en las conferencias que dictara en Buenos Aires en 1959. Pero nos interesa centrarnos en la figura del innovador:

Hubo algunas personas entre estos marginados, entre esta gente pobre, que trató de organizar a otros para instalar pequeños talleres que pudieran producir algo. Esto fue una innovación. Estos innovadores no producían cosas caras apropiadas solamente para las clases altas; producían cosas más baratas para cubrir las necesidades de todos (Mises, L., 2002: 9).

Como ya expresamos, en la lectura de Ludwig von Mises, en el origen del capitalismo no hay poder, política ni conflicto, no hay capítulo XXIV de Karl Marx, lo que hay es innovación. Como señala Marx, en las relaciones sociales capitalistas el trabajo está ligado genéticamente a la pobreza; el trabajo no genera propiedad sino que produce más pobreza; la propiedad se encuentra del lado de aquellos que se apropian de trabajo ajeno. Frente al mito fundacional del innovador, están la expropiación y la separación entre no-trabajador —propietario— y trabajador —no-propietario—. La figura del innovador —empreendedor— tiene la capacidad de deshistorizar estas relaciones sociales. Nos encontramos con personas que se capitalizan merced a su pujanza, su innovación, su imaginación y perseverancia. Esta figura del innovador no tiene inscripción histórica —no hay clases sociales, no hay campesinos expulsados de sus tierras, no hay producción deliberada de fuerza de trabajo libre— y, como se dijo, puede aparecer en cualquier momento: es el mito fundante del capital al que se apela de forma recurrente. Así como todo acto fundante requiere revalidarse de manera permanente, la figura del innovador es la reactualización de aquel mito inicial de la prosperidad y el atrevimiento.

La empresa no es una estructura organizativa: es un modo de ser ya que “el ser de referencia de este neoliberalismo no es, de entrada y esencialmente, el hombre del intercambio que hace cálculos a partir de los datos disponibles, es el hombre del emprendimiento que elige un objetivo y pretende realizarlo” (Laval, C. y P. Dardot 2013: 141). El cálculo como paso previo a la toma de decisión era el vector del hombre del intercambio; aquel debía tener la mayor cantidad

de información, sopesarla y, en función de los resultados de ese análisis, de ese cálculo, tomar la decisión más adecuada. Sin embargo, este cálculo conduce a un comportamiento conservador, mesurado, siempre medido donde el riesgo es, precisamente, lo que se debe disminuir y controlar al máximo posible. El hombre del emprendimiento, por el contrario, elige un objetivo y actúa en consecuencia; no hay un comportamiento conservador; se requieren el atrevimiento, la audacia y, desde luego, la creatividad, la imaginación en un escenario que se caracteriza por la incertidumbre. Como bien señalan Christian Laval y Pierre Dardot, frente al cálculo del hombre del intercambio, predomina la elección del hombre-empresa.

En su voluminosa obra *La acción humana*, Ludwig von Mises dice:

Una teoría general de la elección y la preferencia rebasaba el campo al que los economistas, desde Cantillon, Hume y Adam Smith hasta John Stuart Mill, circunscribieran sus estudios. Implicaba que ya no bastaba el simple examen del “aspecto económico” del esfuerzo humano, tendente exclusivamente a conseguir lo que el hombre, para el mejoramiento de su bienestar material, precisara. La acción humana, en cualquiera de sus aspectos, era ya objeto de la nueva ciencia. Todas las decisiones del hombre presuponen efectiva elección. Cuando las gentes las llevan a efecto deciden no solo entre diversos bienes y servicios materiales; al contrario, cualquier valor humano, sea el que sea, entra en la opción. Todos los fines y todos los medios —las aspiraciones espirituales y las materiales, lo sublime y lo despreciable, lo noble y lo vil— ofrécense al hombre a idéntico nivel para que elija, prefiriendo unos y repudiando otros. Nada de cuanto los hombres ansían o repugnan queda fuera de tal única elección. La teoría moderna del valor venía a ampliar el horizonte científico y a ensanchar el campo de los estudios económicos. De aquella economía política que la escuela clásica sistematizara emergía la teoría general de la acción humana, la praxeología. Los problemas económicos o catalácticos quedaban enmarcados en una ciencia más general, integración imposible ya de alterar. Todo estudio económico ha de partir de actos consistentes en optar y preferir; la economía constituye una parte, si bien la mejor trabajada, hasta ahora, de una ciencia más universal, la praxeología (1986: 21).

La elección es la característica del hombre-empresa y, como señala von Mises, se trata de una elección que rebase el ámbito de lo económico, pues afecta al ámbito de lo afectivo, de lo político, de lo personal, de lo cultural. De aquí es que se constituye en un modo de ser, ser-empresa, que tiene necesidad de ser abordada a partir de una nueva disciplina, la praxeología.

La empresa como modelo o modo de subjetivación prolifera desde los



programas del Banco Mundial (BM) fomentando el autotrabajo, la autogestión, el emprendedurismo, hasta los discursos del actual presidente argentino exaltando la imaginación como parte de nuestro camino laboral, la creatividad, la flexibilidad, el cambiar de trabajo como dato positivo, la inestabilidad como virtud. En su documento llamado “¿Se puede tener espíritu emprendedor?”, el BM señala: “Los programas educativos y de capacitación para emprendedores buscan promover la iniciativa empresarial” (Banco Mundial, 2015a). Como dijo el presidente de Estados Unidos de Norteamérica Barack Obama al inaugurar la Cumbre Mundial del Emprendimiento de 2015 en Kenya, el “espíritu emprendedor crea nuevos empleos y nuevos negocios, crea nuevas maneras de prestar servicios básicos, crea nuevas maneras de ver el mundo; es el factor que impulsa la prosperidad” (Banco Mundial, 2016). El mismo BM, en un artículo del 30 de septiembre de 2015 titulado “Emprender está de moda en América Latina”, en la sección “Buscar empleo vs. crear empleos”, dice: “A diferencia de otras generaciones, son cada vez menos los jóvenes que esperan ser contratados por una empresa para comenzar su carrera laboral” (Banco Mundial, 2015b). La importancia de construir una subjetividad del riesgo hace del neoliberalismo un modo de gobierno animado por la producción de subjetividades frenéticas, donde se combate la estabilidad por ser un factor conservador, alentando conductas atrevidas, creativas, desobedientes, como veremos en el próximo punto.

El comportamiento del empresario, el ser-empresario, conlleva el ánimo de la acción y la corrección a través del aprendizaje ya que, como señala Ludwig von Mises, “en la propia noción de acción va implícita la incertidumbre del futuro” (1986: 173). La incertidumbre no es una disfuncionalidad, un efecto indeseado que debe corregirse: es la condición misma de posibilidad para que emerja con toda su fuerza el ser-empresa. En septiembre de 2016, en el marco del Foro de Inversiones y Negocios, particularmente en el panel “La Construcción del Capital Humano para el Futuro”, el entonces ministro de Educación de Argentina, Esteban Bullrich, decía:

El problema es que nosotros tenemos que educar a los niños y niñas del sistema educativo argentino para que hagan dos cosas. O sea los que crean esos empleos, que le aportan al mundo esos empleos, que generan empleo, que crean empleos. O crear argentinos y argentinas que seas capaces de vivir en la incertidumbre y disfrutarla. De entender que el no saber lo que viene es un valor.

Disfrutar la incertidumbre y considerarla como valor tiene un doble efecto. En primer lugar, considerar la estabilidad como un disvalor vinculado a la mediocridad, a la falta de ambición, de aventura, de sagacidad. En segundo lugar, la incertidumbre permite sacar a la luz las fuerzas creativas. Mientras que la primera se asemeja a

la muerte, la segunda expresa la vitalidad, la inestabilidad y el poder enfrentarla es la mejor muestra de que estamos vivos.

En clave thatcheriana, el sujeto-empresa deposita todos los éxitos logrados sobre la propia persona: esta es la responsable de sus logros y metas alcanzadas. Admitir esto conlleva una desocialización del individuo. Así como somos los principales artífices de nuestros logros, también somos los únicos culpables y responsables de nuestros propios fracasos. Señala Ludwig von Mises:

Cada uno tiene la libertad de cambiar su 'status'. Esta es la diferencia entre el sistema de 'status' y el sistema capitalista de libertad económica, en el cual cada uno puede echarse la culpa solo a sí mismo si no alcanza la posición a la que desea llegar (Mises, L., 2002: 19).

Pero no se trata de un reproche moral, se saca la culpa del registro moral para pensarla en el registro del dispositivo de regulación social. Sí, por un lado, hay una mala costumbre, instalada como norma de comportamiento en los países pobres, que iría horadando el necesario espíritu empresarial:

La tan lamentada ausencia de un espíritu de empresa en muchos de los países nuevos no es una característica inalterable de los habitantes individuales, sino la consecuencia de las restricciones que ejercen sobre ellos las costumbres e instituciones existentes (Hayek, F., 2011: 265).

También, en segundo lugar, el fracaso comienza a pensarse como un valor en el registro del aprendizaje y de las nuevas posibilidades.

### *Elogio del fracaso*

En el artículo del BM ya mencionado, una sección más adelante llamada "Abrazar los fracasos" puntualiza:

Tanto jóvenes como expertos coinciden que el camino hacia el emprendedurismo está lleno de obstáculos y el principal está atado a una gran barrera cultural que experimentamos en Latinoamérica: la aversión al riesgo. Tenemos que superar el estigma que tiene el fracaso. Que no sea visto como el final sino como un paso más dentro de una trayectoria de aprendizaje (2015b).

Como hemos señalado, la cultura del emprendedurismo viene atada a la innovación y, por lo tanto, a la incertidumbre, al riesgo y, desde luego, al fracaso. Se construye una subjetividad del riesgo que va unida al fracaso en el marco

de un sujeto frenético. Pero lo que el BM lo enuncia al estilo de manual de autoayuda, el teórico del neoliberalismo Friedrich Hayek lo hace como mecanismo de autorregulación del propio mercado: “es de crucial importancia para la comprensión del funcionamiento del mercado el hecho de que un alto grado de coincidencias de expectativas tenga por causa la desilusión sistemática de algún tipo de expectativa” (2011: 262). La frustración no es solo un resultado producto de la apuesta de quienes innovan y emprenden, es el mecanismo subjetivo que expresa la corrección del propio mercado. Parafraseando al ministro de Educación, debemos aprender a vivir en la incertidumbre y en el fracaso y además disfrutarlos.

Para cerrar, Jeff Bezos, fundador y CEO de Amazon, expresó en una entrevista:

You cannot invent in pioneer if you cannot accept failure. To invent you need to experiment. And if you know in advance that is going to work, it is not an experiment (Woods, Tim, 2017).<sup>11</sup>

Por ello el fracaso forma parte de la naturaleza misma de la invención, del espíritu empresarial, de la elección y el atrevimiento. La frustración es el mecanismo a través del cual se vuelven a equilibrar los elementos sociales, los actores, las expectativas, etcétera.

## **Competencia**

La competencia ocupa un lugar central como modalidad organizadora y reguladora de lo social. ¿Cuál es el aspecto político del elemento económico de la competencia? Dicho de esta manera, la competencia no tiene nada de novedoso en una economía de mercado: el principio de la competencia se encuentra asociada a aquella y, por lo tanto, van acompañándose como almas gemelas. Sin embargo, una lógica que determinaba las relaciones económicas y, desde luego, sociales para la economía clásica era la del intercambio (Foucault, M., 2007).

Esto no implica desconocer la competencia, sino reconocerla en un lugar que no tenía centralidad como modo de comportamiento, como central en la conformación del lazo social. La lógica del intercambio supone el encuentro, la producción de lazo social, pero para intercambiar se requiere equivalencia, única posibilidad para que exista ese intercambio. Pensemos en Karl Marx (2012), para quien el intercambio en la esfera de la circulación es siempre un intercambio de equivalentes. Este intercambio pone frente a frente dos mercancías, dos valores de uso, dos concreciones, dos satisfactores de necesidades. En cuanto tales, son diferentes porque para que tenga razón de ser el intercambio se requiere que las mercancías satisfagan necesidades diferentes. No voy a intercambiar un par de

---

<sup>11</sup>“No se puede ser pionero en la invención si no se aceptan los fracasos. Para inventar es necesario experimentar, y si sabes de antemano que va a funcionar, entonces no es un experimento.”

zapatillas por un mismo par de zapatillas. Se parte de una diferencia concreta —valor de uso— para llegar a una igualdad abstracta —valor de cambio— que permite equiparar, igualar, hacer equivalentes dos mercancías en apariencia diferentes. Como se ve, la lógica del intercambio conduce a una lógica de la equivalencia. En la esfera de la circulación, en el mercado se intercambian equivalentes y las personas que intercambian, que establecen un contrato son iguales o, al menos, para que ese contrato sea válido se las debe considerar jurídicamente iguales.

La competencia es un mecanismo de regulación social, pero que cumple correctamente su función siempre y cuando se la deje actuar, sin interferir sobre las diferencias, desigualdades, desniveles que operan en diferentes sectores sociales y que resultan imprescindibles: es necesario que los precios oscilen, que suban y bajen, que los salarios también lo hagan, que haya trabajos mejor pagados y otros menos pagados, etcétera (Foucault, M., 2007). De esta manera, la desigualdad no es un resultado indeseado de la competencia y el libre mercado: es la condición fundamental para su funcionamiento, es la que coloca a los sujetos en condición de tener que moverse, buscar, desplazarse, innovar, crear. La igualdad supone una condición conservadora que conduce a la quietud; la desigualdad es una fuerza vital que conduce a la movilidad. Una vez más, Ludwig von Mises resulta esclarecedor respecto a este punto:

la gente es diferente, son desiguales. Siempre lo serán. Hay ciertas personas que están más dotadas en un asunto y menos en otro. Y hay gente que tiene el talento de encontrar nuevos caminos, de cambiar las tendencias del conocimiento (2002: 20).

Franz Böhm, de la Escuela de Friburgo, describió la competencia como la columna vertebral moral de una economía libre basada en los beneficios, invocando el tema básico que atraviesa toda la obra: la noción de que, como lo expresó en escritos posteriores, la competencia no es en modo alguno un mecanismo de incentivo, sino un instrumento para la privación del poder, el magnífico y más ingenioso instrumento de privación de poder en la historia. En palabras del propio Böhm:

Competition is the most remarkable and ingenious instrument for reducing power known in history. All we have to do is to evoke it, and it will do any other work automatically (1961: 15).<sup>12</sup>

“La competencia es el instrumento más notable e ingenioso para reducir el poder conocido en la historia”: no quiere decir que lo democratiza, solo impide

<sup>12</sup>“La competencia es el instrumento más notable e ingenioso para reducir el poder conocido en la historia. Todo lo que tenemos que hacer es evocarlo y hará cualquier otro trabajo automáticamente.”

su concentración en pocas manos. Desde luego que la competencia tiene un rol económico, es la palanca que incentiva y regula las actividades económicas. Pero, además, la competencia involucra individuos que no se encuentren en esa situación de igualdad fundada en la equivalencia del intercambio. Que los ordoliberales coloquen el acento en el problema de la competencia por sobre el problema del intercambio indica que comienzan a pensar lo social en términos de desigualdad o desigualación, más que en términos de igualdad y equivalencia.

De esta forma, en la disputa ente lógica de la equivalencia y lógica de la competencia se observa claramente que con la primera ganan todos —en el intercambio ganan ambas partes, al menos sobre esa idea se sostiene—, mientras que con la segunda algunos pierden:

ya no se trata, entonces, de una lógica de promoción general, sino de un proceso de eliminación selectiva. Este modelo ya no hace del intercambio el medio de reforzarse, de mejorar; lo convierte en una prueba constante de confrontación y supervivencia. La competencia ya no es pues considerada, como en la economía ortodoxa, clásica o neoclásica, una condición de la buena marcha de los intercambios en el mercado, es directamente la ley despiadada de la vida y el mecanismo del progreso por eliminación de los más débiles (Laval, C. y P., Dardot, 2013: 47).

En síntesis, si hay una forma de comportamiento propia de este hombre-empresa esta es la competencia. Esa subjetividad empresarial de la innovación y la imaginación se produce en el marco de la competencia. Para precisar este último punto, debemos decir que por competencia se entiende un modo de comportamiento y un proceso de descubrimiento.

En un apartado de su libro *Socialismo*, Ludwig von Mises se dedica a criticar aquellas posiciones que pretenden asemejar la competencia con la lucha, una de las cuales es el darwinismo sociológico que glorifica la lucha en tanto expresión de la evolución social<sup>13</sup>.

Llamar a la competencia rivalidad o lucha es una metáfora. La función de la lucha es la destrucción; la función de la competencia, la construcción. En la economía, la competencia asegura una producción racional. Ahí, como en todas partes, funciona como principio de selección (1968: 323).

---

<sup>13</sup>Expresamente Von Mises refiere a la figura de Herbert Spencer como responsable de trasladar la lucha por la vida al ámbito de la sociedad (1968: 320), posición errónea según el autor, en la medida en que el proceso de socialización expresa la desconflictualización, sustituyendo la lucha por la vida por la ayuda mutua. Para una lectura diferente ver Christian Laval y Pierre Dardot (2013: 38 y ss).

En su pretensión de diferenciar la lucha cruenta de la competencia, von Mises afirma que la competencia es el principio ordenador de la sociedad (1968: 324) y que mantiene en común con la lucha el rencor al adversario, más allá de que los modos en que se resuelva esa contienda y los resultados que logra sean diferentes. La competencia no utiliza armas ni elimina físicamente al adversario, sin embargo, produce desequilibrios, desigualdades y genera un constante carácter de enfrentamiento y fricción social, necesarias para hacer funcionar el motor de la sociedad. Como señala el autor, quienes sucumben en la competencia “se ven constreñidos a buscar en la organización social del trabajo otro lugar que aquel que hubieran querido ocupar” (1968: 324). De esta manera, la competencia se convierte en el ordenador social por excelencia, es la forma de comportamiento que dinamiza a la sociedad y que ofrece la mejor respuesta a las cambiantes exigencias sociales: la competencia como necesidad vital, como modo de desarrollo personal, económico y social<sup>14</sup>. Por ello la competencia refiere a un modo de comportamiento en el marco de las nuevas exigencias y condiciones que ofrece la vida social. Pero también, como mencionamos, se trata de un proceso de descubrimiento.

La particularidad de Friedrich Hayek se encuentra en desarrollar de manera exhaustiva la competencia en clave de sistema de información social y, por lo tanto, organizadora de la sociedad. El sistema de precios en el régimen de la competencia es el único capaz de registrar automáticamente todos los efectos relevantes de las acciones individuales —millones de acciones individuales dispersas<sup>15</sup> y realizadas sin patrón alguno—. El sistema de precios solo funciona en la competencia, ya que de esta manera el productor individual deberá adaptarse a los cambios y condiciones que le informa dicho sistema, sin lograr dominarlo y manipularlo:

<sup>14</sup>Estas exigencias sociales refieren a la movilidad y el desequilibrio resultantes de los cambios productivos, técnicos y comerciales a los que asistimos desde hace unas décadas. En este sentido, José Gabriel Giavedoni expresa que “es de esperar que estas nuevas condiciones nos pongan frente a un nuevo sujeto: el trabajador flexible, *flexigurado*, líquido, que no tiene un espacio o actividad donde se configure como sujeto, sino que transita por muchos espacios realizando múltiples actividades. La constitución de un sujeto volátil que sienta como opresora cualquier atadura a un puesto fijo, que sienta y viva la libertad que ofrece la movilidad. Ironía la de trasladar al propio sujeto el dispositivo de su propia sujeción. [...] es necesario reconocer que esa flexibilidad de la mano de obra se conjuga con una flexibilidad en los procesos productivos y una flexibilidad en los productos mismos. La flexibilidad de los procesos productivos resultado de la desestructuración del modelo taylorista-fordista, de las economías de escala y de consumo masificado, por economías de variedad, con un mercado altamente diversificado y la necesidad de sistemas productivos capaces de adaptarse rápidamente a esos cambios. Lo que se ha dado en llamar ‘flujo tirado’: tecnología en la organización de la producción que consiste en comenzar la producción a partir de la existencia de la demanda previa, la demanda ‘tira’ la producción y esta debe responder con rapidez a través del nuevo dinamismo en la organización de la producción: el *just-in-time*. En contraposición al ‘flujo empujado’ consistente en producir en escala para luego empujar el producto al mercado” (Giavedoni, J., 2014b: 48).

<sup>15</sup>“El conocimiento de las circunstancias del que tenemos que hacer uso nunca se dan de una forma concentrada o integrada, sino solamente como fragmentos dispersos de un conocimiento incompleto y frecuentemente contradictorio que todos los individuos poseen por separado [...] es el problema de la utilización de un conocimiento que no le es dado a nadie en su totalidad” (Hayek, F., 1997: 216). Ni omnisciente, ni omnipotente: cualquier pretensión de centralizar la vida económica no solo conduce al totalitarismo, sino también conduce al fracaso.

Cuanto más complicado es el conjunto, más dependiente nos hacemos de esta división del conocimiento entre individuos, cuyos esfuerzos separados se coordinan por este mecanismo impersonal de transmisión de las informaciones importantes que conocemos por el nombre de sistema de precios (2015: 103).

Frente al dictador omnisciente —así lo llama Hayek—, frente al dios mortal hobbesiano que todo lo sabe y todo lo ve —absurdo desde el punto de vista que se lo mire, dirá el austriaco—, el sistema de precios en competencia es el mecanismo organizador y regulador social.

Según Hayek:

En un sistema en el que el conocimiento de los hechos relevantes se halla disperso entre varios individuos, los precios pueden actuar como elementos de coordinación de las acciones individuales llevadas a cabo por diferentes sujetos

Y más adelante:

el conjunto actúa como un mercado, no porque uno de los miembros supervise todo el campo, sino porque sus limitados campos individuales de visión se superponen suficientemente y de forma que, a través de muchos intermediarios, la información relevante es transmitida a todos (Hayek 1997: 222).

Continúa: “lo más relevante de este sistema es la economía de conocimiento con que opera, es decir, lo poco que los participantes individuales necesitan saber para poder actuar correctamente” (1997: 223). Así, el sistema de precios se constituye en un mecanismo de transmisión de información y, al mismo tiempo, un mecanismo de organización social. El problema de los mecanismos personales es del orden del conocimiento, al decir de Friedrich Hayek. En el marco de la división del trabajo a nivel internacional hay una imposibilidad manifiesta de concentrar absolutamente toda la información necesaria en una entidad para que pueda organizar el conjunto de la economía. El mercado libre, sigue Hayek, es un mecanismo de transmisión de información correcta: ninguna autoridad puede hacerse de todo el conocimiento que se pone en juego en las actividades económicas en el marco de la división del trabajo a nivel global, puesto que es un conocimiento disperso entre millones de individuos.

### *Elogio de la ignorancia*

En función de lo expuesto, es posible reconocer un cierto elogio a la ignorancia. No se trata de los mercados de competencia perfecta, donde cada individuo poseía la información completa y, en función de ello, se podía desenvolver y tomar las decisiones más adecuadas:

lo absurdo que es el procedimiento usual de iniciar el análisis con una situación en que todos los hechos son supuestamente conocidos. Esta es una situación que la teoría económica, curiosamente, denomina 'la competencia perfecta' (Hayek, F., 2011: 261).

Por el contrario, se trata de un mercado donde la información es muy limitada, fragmentada y parcializada; cada individuo cuenta con una porción de información muy escueta a partir de la cual actúa, pero no hay posibilidad de un conocimiento total, ni para el Estado: "Si alguien conociera efectivamente todo lo concerniente a aquello que la teoría económica llama datos, la competencia sería, en realidad, un método inútil para asegurar un ajuste a estos hechos" (Hayek, F., 2011: 259). Este conocimiento fragmentado, depositado en la multiplicidad de individuos, convierte en inútil la pretensión del Estado de intervenir y planificar la economía. De esta forma, al argumento político contra la intervención del Estado en el funcionamiento de la economía de mercado que conduciría hacia el totalitarismo, se suma el argumento epistémico por la imposibilidad de centralizar la información. Contra la aspiración platónico-socrática de salir de la caverna<sup>16</sup>, en Friedrich Hayek la ignorancia nos hará libres.

En el marco de la lucha nacional docente que tuvo lugar en Argentina a comienzos de 2017, se viralizó un video de un economista, Germán Fermo, en el que dice:

Comienzo este artículo con una pregunta sencilla: Si no te gusta lo que ganas: ¿por qué en lugar de parar, no te conseguís un trabajo que te pague más? Si dicho trabajo no existe, implica entonces que ese salario que no te gusta es de equilibrio y acorde a tu productividad<sup>17</sup>.

En estas breves palabras está contenido el principio de la competencia que es, al mismo tiempo y según lo que hemos visto, motor de funcionamiento social y fuente de información. Precisamente, la sugerencia de buscarse otro trabajo es

<sup>16</sup>La alegoría de la caverna se encuentra en obra *La República* de Platón. La adquisición de conocimiento es un proceso doloroso que exige a los hombres salir de la caverna donde vivimos en una farsa, confundiendo las cosas reales con sus meras copias. Debemos salir de la caverna para reconocer la farsa en la que vivíamos y la realidad de las que nos privamos. Esa salida de la caverna representa la liberación del hombre por medio del conocimiento.

<sup>17</sup>En <https://www.youtube.com/watch?v=XvBD9cgj4EM>



porque el mercado está indicando que tu salario expresa lo que la economía está dispuesta a absorber de lo que uno produce; el salario —sistema de precios— informa sobre lo que el mercado requiere o deja de solicitar. El mercado se regula a través de la competencia, y el sistema de precios nos provee de la información sobre cómo está funcionando. La información está siempre presente, pero en nada sirve para una acción futura de conjunto, sí, solo para una acción individual a seguir. Si el salario no te gusta, no tienes que hacer paro, ya que el salario no es un indicio político, sino una información sobre la cantidad de trabajo social que se necesita o abunda en determinado sector de la economía. Así, la competencia expresa un orden social impersonal, nada dice en clave de justicia/injusticia: solo informa de la cantidad y la clase de bienes que la sociedad está demandando.

### *Elogio de la desobediencia*

Para finalizar, un elemento que ha ido adquiriendo centralidad en los últimos años y que se entroniza con una potencia seductora grandiosa es lo que podríamos llamar el elogio de la desobediencia. La desobediencia, que supo ser una práctica de resistencia al orden<sup>18</sup>, hoy se constituye en dispositivo de gobierno de las poblaciones. En el marco de la competencia, el hombre-empresa no teme ir a contracorriente: crea y, en su creación, importuna, rompe el curso ordinario de las cosas (Laval, C. y P. Dardot, 2013:154). Se premia la desobediencia. Celebrar, premiar, incentivar, generar las condiciones para desobedecer. Hacer ingresar la desobediencia en una grilla de poder, construirla como una tecnología —similar a la libertad— a partir de la cual gobernar, maximizando las capacidades económicas de los individuos y disminuyendo sus capacidades políticas.

Una vez más, se evidencia la capacidad del neoliberalismo para transformar un principio disruptivo y de desorden en una tecnología para conducir conductas. El neoliberalismo devora pasiones políticas y vomita sujetos inofensivos. Christian Laval y Pierre Dardot (2013: 89) reconocen que si bien los hombres deben ser móviles económicamente, no deben vivir como nómadas desarraigados, por ello la cuestión de la integración social ocupa un lugar relevante en sus preocupaciones. De esta manera, los hombres deben ser móviles económicamente, pero estáticos políticamente, por lo que la celebración de la desobediencia y el *breaking rule* refiere exclusivamente a su capacidad de ser sujetos útiles en lo económico, productivos, pero inofensivos en lo político.

---

<sup>18</sup>John Locke y la revocabilidad del pacto. En 1848 se publica un escrito de Henry David Thoreau titulado "La desobediencia civil", fuente de inspiración de Gandhi y Martin Luther King. Thoreau se negó a pagar impuestos a un gobierno que mantenía la esclavitud y llevaba a cabo guerras injustificadas como la de México. El propio John Rawls en su "Teoría de la Justicia" plantea la desobediencia civil como una acción pública no violenta, ilícita, consciente y política, con el fin de forzar un cambio en el programa de gobierno. Como se observa, en función de los pensadores referenciados, se trata de una práctica que se inscribe fácilmente en la matriz liberal, en la medida que siempre aparece el gobierno como objeto de la misma. La desobediencia que recupera el neoliberalismo es menos contra el gobierno y más contra el espacio productivo.

En mayo de 2017 un artículo periodístico señalaba:

Las reglas también quitan libertad, anulan la creatividad, cancelan el espíritu crítico, borran el impacto de la sorpresa y detienen el crecimiento intelectual, social y económico. La burocracia se fundamenta en no cuestionar las reglas. Por eso, para muchos, las reglas están para ser rotas (Marchiori, Eugenio y Andrés Hatum, 2017).

Un mes antes, otro periódico decía:

La palabra investigación, liderazgo, disrupción e innovación se escuchan habitualmente en los pasillos del Instituto Tecnológico de Massachusetts [...] Ahora quieren añadir otro vocablo al léxico de la institución: desobediencia. [...] en ocasiones solo es posible avanzar rompiendo algunas normas. “No puedes cambiar el mundo siendo obediente” (Barbuzzano, Javier, 2017).

La desobediencia, el atrevimiento, romper las reglas ha sido identificado por el neoliberalismo como modo de extracción y de potencia económica, al tiempo como construcción política de un sujeto dócil. Paradojas del poder que transforma en dominación aquello que es concebido como liberación y fuerza emancipadora. Por ello el capitalismo debe producir permanentemente libertad<sup>19</sup>, porque la consume de modo incesante: el camino sin frenos hacia la plena libertad. Habría que poder ver en la celebración de la libertad, de la ausencia de límites, de la celebración de la desobediencia, del llamado a romper las reglas, los modos a través de los cuales se gobierna individuos en un estado que exige una flexibilidad constante.

<sup>19</sup>Desde luego que no puede leerse esta afirmación sin ironía, una ironía que el propio Marx menciona en *El capital* al señalar la necesaria e indefectible vinculación existente en el capitalismo entre libertad y carencia o, como él mismo expresa, las dos caras de la libertad que son dos condiciones fundamentales que aseguran la libre concurrencia de los individuos al mercado de trabajo: “obrero libre, libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para vender, está exento y desprovisto, desembarazado de todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo” (2012: 205). Es decir, jurídicamente libre por carecer de relaciones de dependencia y materialmente libre por carecer de los medios de producción necesarios para su reproducción. Mientras la primera ofrece la posibilidad de enajenar su mercancía, la segunda hipoteca aquella “posibilidad” y obliga al trabajador a enajenarla. En este sentido, Lenin lanza el grito de que “la libertad es una gran palabra, pero bajo la bandera de la libertad de industria se han hecho las guerras más explotadoras y bajo la bandera de la libertad de trabajo se ha despojado a los trabajadores” (2007: 104). La malla del poder en el orden social capitalista se constituye gracias a la libertad, no frente a ella ni a pesar de ella; por ello lo paradójico es que las libertades ganadas en el capitalismo traen como efecto la consolidación de las sujeciones y dependencias. Por ello, también, el capitalismo debe producir permanentemente libertad, porque la consume de modo incesante.

## Conclusión

Nuestro punto de partida ha sido una configuración problemática contemporánea, es decir, partimos de preocupaciones del presente. Como ya expresamos, el neoliberalismo nos preocupa por su furioso presente, por su candente actualidad.

Nuestra pretensión ha sido también comprender el carácter estratégico que la emergencia del pensamiento juega en determinado momento histórico a través de tres elementos constitutivos de la gubernamentalidad neoliberal. De aquí la necesidad de dar cuenta de las condiciones de emergencia que posibilitaron al neoliberalismo desplegarse, tomar cuerpo, cambiar, reacomodarse, replegarse, ganar fuerza y retomar. Para que se comprenda mejor, de lo que se trata no es tanto de esa continuidad diacrónica entre el liberalismo clásico y el neoliberalismo, sino de una sincronía entre diferentes saberes de un mismo momento histórico.

En función de lo expuesto, hemos intentado dar cuenta de las actuales coordenadas del neoliberalismo o, como lo enunciarnos desde el comienzo, los tres elementos que hacen del mismo un modo de gobierno. Para ello volvimos a las fuentes, no con ánimo de rastrear el valor epistemológico del pensamiento neoliberal, sino de reconstruir las condiciones de posibilidad que lo hacen hoy estratégicamente potente. No se trata de evidencias, sino de dispositivos de gobierno.

Intentamos dejar en claro la relación entre gobierno-competencia-empresa como los modos de una gubernamentalidad que se establece en momentos de crisis como su escenario más óptimo. En primer lugar, la empresa como modo de subjetivación. En segundo, la competencia como modo de comportamiento. El mercado, según la economía política clásica, es un espacio de intercambio y este debe ser un intercambio de equivalentes y entre sujetos iguales. Lo que conduce la lógica económica es el intercambio, no la competencia, por lo tanto, el mismo se acuerda entre sujetos iguales, no entre desiguales. El neoliberalismo trastoca estos principios y, como lo señala Michel Foucault, "lo que se procura obtener no es una sociedad sometida al efecto mercancía, sino una sociedad sometida a la dinámica competitiva [...] una sociedad de empresa" (2007: 182). Así, la competencia como modo de comportamiento nos exige constituirnos en empresas, en empresarios de nosotros mismos, en empresarios de sí. Desde luego que el mercado y el intercambio se encuentran presentes como elementos estructurales del modo de producción capitalista, pero la emergencia de la empresa y la competencia definen los rasgos más genuinos del neoliberalismo en tanto razón de gobierno.

## Bibliografía

Banco Mundial, 1997, *Informe sobre el desarrollo mundial 1997. El Estado en un mundo en transformación*, Washington, DC.

Banco Mundial, 2015a, “Infografía: ¿Se puede aprender a tener espíritu emprendedor?”, 21 de julio.

Disponible en:

<http://www.bancomundial.org/es/news/feature/2015/07/21/can-entrepreneurship-be-learned>

Banco Mundial, 2015b, “Emprender está de moda en América Latina”, 30 de septiembre.

Disponible en:

<http://www.bancomundial.org/es/news/feature/2015/09/30/emprender-esta-de-moda-en-america-latina>

Banco Mundial, 2016, “Los emprendedores y las pequeñas empresas impulsan el crecimiento económico y crean empleos”, 20 de junio.

Disponible en:

<http://www.bancomundial.org/es/news/feature/2016/06/20/entrepreneurs-and-small-businesses-spur-economic-growth-and-create-jobs>

Barbuzano, Javier, 2017, “El MIT premiará a los desobedientes”, *El País*, 11 de abril.

Disponible en:

[https://elpais.com/elpais/2017/04/10/ciencia/1491837459\\_077361.html](https://elpais.com/elpais/2017/04/10/ciencia/1491837459_077361.html)

Böhm, Franz, 1961, “Democracy and Economic Power”, *Reader Competition Theories Lecture*. Disponible en:

[https://lms.fu-berlin.de/bbcswebdav/courses/MBL\\_14W/MOD\\_INTRO\\_Mendelsohn\\_14W/MOD\\_INTRO\\_Mendelsohn\\_14WS\\_Reader\\_Comp\\_Theories.pdf](https://lms.fu-berlin.de/bbcswebdav/courses/MBL_14W/MOD_INTRO_Mendelsohn_14W/MOD_INTRO_Mendelsohn_14WS_Reader_Comp_Theories.pdf)

(Consultado el 20 de abril de 2017.)

Büren, María Paula de, 2015, “La Sociedad Mont Pèlerin, un espacio de articulación”, en Susana Murillo (coord.), *Neoliberalismo y gobiernos de la vida: diagrama global y sus configuraciones en la Argentina y América Latina*, pp. 65-93, Buenos Aires, Biblos.

Calveiro, Pilar, 2004, *Poder y Desaparición. Los campos de concentración en*

Argentina, Buenos Aires, Colihue.

Castel, Robert, 2004, *La inseguridad social: ¿qué es estar protegido?*, Buenos Aires, Manantial

Castel, Robert, 1997, *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós.

*El Cronista*, 2018, "Macri: 'El sinceramiento de la economía duele'".

Disponible en:

<https://www.cronista.com/economiapolitica/Macri-El-sinceramiento-de-la-economia-duele-20160506-0079.html>

*El Historiador*, s/f, "Álvaro Alsogaray: 'Hay que pasar el invierno'".

Disponible en:

<https://www.elhistoriador.com.ar/alvaro-alsogaray-hay-que-pasar-el-invierno/>

Foucault, Michel, 1995, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa.

Foucault, Michel, 2007, *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Friedman, Milton, 1982, *Capitalism and Freedom*, Chicago, The University of Chicago.

Giavedoni, José Gabriel, 2012, *Gobernando la pobreza*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones.

Giavedoni, José Gabriel, 2014a, "El sueño político del capital. Transformaciones en los modos de gobierno de la fuerza de trabajo", *Voces en el Fénix. La revista del Plan Fénix*, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, año 5, núm. 34. ISSN 1853-8819, 19-27.

Giavedoni, José Gabriel, 2014b, "Trabajador asalariado y trabajador flexigurado. Transformaciones de la subjetividad en torno al trabajo", en Melisa Campana y José Giavedoni (comps.), *Debates sobre Estado, Gobierno y Control Social. Gobernando las desigualdades*, Rosario, E-Book, ISBN 978-987-45664-1-6.

Giavedoni, José Gabriel, 2018, "La Revolución Libertadora y el surgimiento de la razón neoliberal", *Realidad Económica*, núm. 317, año 47, julio-agosto.

Habermas, Jürgen, 1998, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu.

Hayek, Friedrich, 1997, “El uso del conocimiento en la sociedad”, *REIS*, 80/97, pp. 215-226.

Hayek, Friedrich, 2011, “La competencia como proceso de descubrimiento”, *Revista de Derecho Administrativo: Derecho de la Competencia*, núm. 10, Círculo de Derecho Administrativo, Pontificia Universidad Católica de Perú, pp. 259-265.

Hayek, Friedrich, 2015, *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza.

Jauretche, Arturo, 1973, *El Plan Prebisch. Retorno al Coloniaje*, Argentina, Peña Lillo Editor.

Kaos en la red, 2013, “David Rockefeller: ‘Todo lo que necesitamos es una gran crisis y las naciones aceptarán el Nuevo Orden Mundial’”, 18 de mayo.

Disponible en:

<http://2014.kaosenlared.net/component/k2/57432-david-rockefeller-%E2%80%9Ctodo-lo-que-necesitamos-es-una-gran-crisis-y-las-naciones-aceptar%C3%A1n-el-nuevo-orden-mundial%E2%80%9D.html>

Laval, Christian y Pierre Dardot, 2013, *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa.

Lenin, Vladimir Ilich, 2007, *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Buenos Aires, Luxemburg.

Levi, Primo, 2006, *Trilogía de Auschwitz*, España-México, Océano-El Aleph.

Marchiori, Eugenio y Andrés Hatum, 2017, “Romper las reglas: el arte de transgredir para triunfar en el mundo de los negocios”, *La Nación*, 10 de mayo.

Disponible en:

<https://www.lanacion.com.ar/2022134-romper-las-reglas-el-arte-de-transgredir-para-triunfar-en-el-mundo-de-los-negocios>

Marx, Karl, 2012, *El capital*, tomo I, volumen I, libro primero, “El proceso de producción del capital”, Argentina, Siglo XXI Editores.

Mises, Ludwig von, 2002, *Política económica. Pensamientos para hoy y para el futuro. Seis conferencias dictadas en Buenos Aires en 1959*, edición on line The

Ludwig von Mises Institute.

Mises, Ludwig von, 1968, *Socialismo*, Argentina, Instituto Nacional de Publicaciones de Buenos Aires.

Mises, Ludwig von, 1986, *La acción humana. Tratado de economía*, Madrid, Unión Editorial.

Monedero, Juan Carlos, 2012, "El programa de máximos del neoliberalismo: el Informe a la Trilateral de 1975", *Sociología Histórica 1/2012*, España, pp. 289-310.

Murillo, Susana, 2011, "La nueva cuestión social y el arte neoliberal de gobierno", *Revista Cátedra Paralela*, núm. 8, Escuela de Trabajo Social, Universidad Nacional de Rosario.

O'Connor, John, 1994, *La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Península.

Offe, Claus, 1990, *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, Madrid, Alianza

Prebisch, Raúl, 1956, "Planes de recuperación económica de la Argentina", *El Trimestre Económico*, vol. 23(2), núm. 89, enero-marzo, pp.113-140.

Restivo, Néstor y Raúl Delatorre, 2016, *El Rodrigazo. El lado oscuro del ajuste que cambió la Argentina*, Buenos Aires, Capital Intelectual.

Röpke, Wilhelm, 1950, *The Social Crisis of Our Time*, Chicago, The University of Chicago Press.

Rosanvallon, Pierre, 2004, *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*, Buenos Aires, Manantial.

Rose, Nikolas, 2007, "¿La muerte de lo social? Re-configuración del territorio de gobierno", *Revista Argentina de Sociología*, año 5, número 008, pp. 111-150.

Sáenz Quesada, María, 2007, *La Libertadora. De Perón a Frondizi, 1955-1958. Historia pública y secreta*, Buenos Aires, Sudamericana.

Simon, Jonathan, 2011, *Gobernar a través del delito*, Barcelona, Gedisa.

Valverde, Mariana y Ron Levi, 2006, "Gobernando la comunidad, gobernando a través de la comunidad", *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos

Aires, Universidad Nacional del Litoral (UNL), año 14, núm. 22.

Woods, Tim, 2017, "3 Lessons on Innovation We Can Learn from Jeff Bezos' Success", 27 de julio.

Disponible en:

<http://blog.hypeinnovation.com/3-lessons-on-innovation-from-jeff-bezos>